

EL RETORNO DEL INDIO: LA HISTORIOGRAFÍA INDÍGENA EN CANADÁ EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX*

PIERRE BEAUCAGE**

RESUMEN

Se aborda el desarrollo de la historiografía indígena en Canadá durante la segunda mitad del siglo XX, desarrollo que va de la mano de los movimientos sociales indígenas en el país; en este sentido, se analiza la relación entre la historia nacional y la "Nueva Historia Indígena". El artículo presenta también las cuatro vertientes en las que se centra el debate actual sobre el tema.

Palabras claves: historiografía indígena, movimiento social, movimiento indígena.

ABSTRACT.

Deals with the development of indigenous historiography in Canada during the second half of the twentieth century. This development is related with the indigenous social movements in the country. At this point, the relationship between the national history and the "New Indian History" is contrasted. This article also presents the four branches in with it are centered the current debate about the subject.

Key words: Indigenous historiography, social movement, indigenous movement.

* Recepción: 17 de noviembre de 2007; Aprobación: 3 de enero de 2008.

** Profesor emérito, Departamento de Antropología, Université de Montréal, Qc, Canadá H3C 3J7.

INTRODUCCIÓN : DE LA HISTORIA NACIONAL A LAS HISTORIAS: MOVIMIENTOS SOCIALES E HISTORIOGRAFÍA EN CANADÁ.

Hablar de la historiografía indígena en Canadá en la segunda parte del siglo XX equivale prácticamente a hablar de *toda* la historiografía indígena, pues, como veremos, aún transcurrió más de un decenio después del medio siglo antes de que apareciera con alguna consistencia este nuevo objeto de estudio. En esto la situación canadiense difiere poco de la de EE.UU. (Hagen 1997); a la vez que presenta diferencias marcadas con América Latina. En primer lugar, las sociedades nacionales de México, Guatemala, Perú, se construyeron sobre el discurso del mestizaje, que implicaba una reapropiación selectiva del glorioso pasado indígena por los grupos criollos y luego mestizos que aspiraban al poder político. En Norteamérica, la sociedad nacional, heredera de «los que llegaron en los barcos», se construyó *en oposición* a los indios cuya presencia en el territorio se vio como pretérita o transitoria.

Estas similitudes de representaciones entre Canadá y EE.UU. se arraigan en un modelo colonial común: primero, se afianzan en la costa oriental de Norteamérica colonias francesas e inglesas (siglos XVII y XVIII), mientras que durante los siglos XIX y XX se realiza el desplazamiento a gran escala de los pueblos indios del centro y del occidente, su reducción en «reservas» y su remplazo por colonos europeos y sus descendientes.

Sin embargo, a pesar de las similitudes entre los procesos de colonización, las relaciones entre los indígenas y los europeos en lo que es ahora Canadá, tuvieron importantes especificidades de tipo histórico-cultural en comparación con nuestro vecino del sur. En Canadá, entre 1600 y 1760, los colonizadores fueron franceses y católicos. Su modelo de articulación económica y cultural con las sociedades indígenas (tráfico de pieles y proselitismo misionero) fue bastante distinto del modelo de desplazamiento que prevaleció después de la conquista inglesa (1760). La proclamación de la independencia canadiense (en 1867, o sea casi un siglo después de EE.UU.) resultó de un *gentlemen's agreement* y no de una revuelta armada. El despojo de las tierras indias del oeste de Canadá adoptó generalmente la forma legal de los Tratados o Capitulaciones (*Treaties /Surrenders*) impuesta por el Rey Jorge III en su Proclamación Real de 1763. Con la notable –y poco mencionada– excepción de la «Guerra de los Mestizos» (*guerre des Métis*) a fines del siglo XIX.

Esta primera colonización francesa marcó profundamente a la sociedad canadiense, demográfica y políticamente, hasta la fecha, así como las representaciones elaboradas por sus historiadores. En Canadá se formaron simultáneamente dos identidades nuevas, la franco-canadiense (*canadienne-*

française), mayoritaria en la provincia de Québec, y la anglo-canadiense (*canadian*), en el resto del país. Con la independencia, en 1867, se adoptó un sistema político representativo (tradición democrática británica) bastante descentralizado. En consecuencia, los francófonos de Québec (*Québécois*) elaboraron su propia historia nacional, que sacralizó a los «descubridores» misioneros y «pioneros» franceses, mientras que a los anglo-canadienses se les inculcaba la veneración de otra serie de «descubridores» y héroes. Ambas historiografías coincidieron, sin embargo, en su marginación de los indígenas. El indio es mencionado en la medida que obstaculizó este «destino manifiesto» o colaboró con él, en dos ocasiones precisas: a la llegada de los primeros colonos a la costa oriental, en los siglos XVI y XVII, y luego durante la «conquista del oeste» en la segunda mitad del XIX (ambos momentos inmortalizados en el imaginario popular en las novelas de *frontiersmen* y en las películas de vaqueros). La obstaculización se ejemplifica en el relato de las guerras o «cruelles e inútiles rebeliones» indias, como las guerras franco-iroquesas de fin del siglo XVII, y la Guerra de los Mestizos en Manitoba (esta, contemporánea de la guerra de los Danzantes Fantasma -*Ghost Dancers*- en EE.UU.).

Los grupos nativos, sin embargo, después de ser diezmados por las guerras coloniales, las enfermedades y la destrucción de sus medios de subsistencia, empezaron a crecer otra vez globalmente a partir de principios del siglo XX, hasta alcanzar hoy, el millón de miembros en Canadá y rebasar los dos millones en EE.UU. Mientras estos últimos están inmersos en una población total de 275 millones, la poca población de Canadá (31 millones) está concentrada en la franja meridional, dejando los extensos territorios del norte con un poblamiento mayoritariamente indígena (indios e inuits). En EE.UU. se encuentra una situación similar solamente en las zonas semi-desérticas del sur-oeste.

En ambos países, los movimientos sociales fuertes que se desarrollaron a partir de los años 60 del siglo pasado cuestionaron fuertemente las concepciones hegemónicas de la «historia nacional» que hacía escasa o nula mención de mujeres, campesinos, obreros, francófonos, indios y negros (p. ej. Vallières 1968; Scott 1974). Cuestionamientos similares se observan en el sur (Bonfil 1981) pero mientras el movimiento indígena nace en México o Bolivia diferenciándose progresivamente del movimiento de reivindicación *agraria* de los años 60 y 70, el movimiento indio en Norteamérica (que nace en la misma época) protesta desde un principio contra la expropiación de sus *territorios* para adjudicarlos a los agricultores europeos y sus descendientes. Estas premisas diferentes impactaron tanto las alianzas políticas como la nueva visión del pasado indígena que se propondrá.

LA HISTORIA NACIONAL, LA ANTROPOLOGÍA Y LA CONSTRUCCIÓN CLÁSICA DEL INDIO.

Como mencionamos al principio, en las historias nacionales que se constituyen en Norteamérica durante el siglo XIX el indio aparece para desaparecer. Tanto en Canadá como en EE.UU. se comparte implícitamente la posición expresada por F. J. Turner a principios del siglo XX: el país empieza cuando llegan los europeos, cuyo destino los incita a expandir siempre su civilización más hacia el oeste: en el litoral Atlántico del Mundo Nuevo, primero, hacia el Pacífico después (Turner 1920, cit. por Fixico 1998: 85).

Para los historiadores clásicos franco-canadienses, de tendencia nacionalista-espiritualista, los indígenas, muy pocos y muy pobres, que no sabían labrar la tierra, aceptaron en general que los misioneros y colonos les dieran herramientas de hierro, remedios para sus muchas enfermedades y que les comunicaran las luces de la educación y de la fe (Groulx 1936). Mientras en la tradición empírica anglo-sajona su papel se limita al de proveedores de materia prima en la primera etapa, peletera, del desarrollo mercantil del país, en las dos etapas que siguen, la maderera y la triguera, están de sobra (Innis 1956). Donde se ve más clara esta reducción del indio es en los manuales escolares (Arcand y Vincent 1979). Las cualidades del «primer ocupante» del país (valiente, tenaz, conocedor de la naturaleza) hacen de él, el perfecto auxiliar para la colonización europea, con tal de que acepte colaborar en tal proyecto. Porque también hay indios que «traicionan» a los recién llegados. Los prototipos son, del lado francés, Teignoagny, hijo de un cacique indio, secuestrado y llevado a Francia por el «descubridor» Jacques Cartier y, del lado inglés, el Rey Philip, cacique bautizado y educado por los Pilgrims de Nueva Inglaterra. Ambos indígenas –y muchos más– utilizaron sus conocimientos de la sociedad europea para desarrollar una política propia que contradecía los diseños de los colonizadores. Pero estas «rebeldías» no podían tener mucho impacto en un proyecto colonial que tenía que llevarse a cabo y las barrió el viento de la historia. Esos relatos venían apoyados por la iconografía adecuada: ¡los malos indios aparecían pintarrajeados y copetudos (estilo *punk*), los buenos indios llevaban trenzas! (Arcand y Vincent 1979). Además, como Francia e Inglaterra lucharon durante un siglo y medio por la hegemonía en el litoral Atlántico, cada una hizo alianzas con distintos grupos indígenas: los franceses con los hurones (*wendat*), algonquinos (*anishnabe*) y montañeses (*innu*) quienes controlaban el valle del San Lorenzo y los Grandes Lagos, y los ingleses con los grupos establecidos más al sur, en particular con la Confederación iroquesa (*ho-de-no-sau-nee*). En consecuencia, mientras la historia nacional franco-canadiense, hasta los años 1960, nos describía los destrozos

de los feroces iroqueses y el apoyo de los gentiles hurones, ¡la tradición histórica inglesa contaba a los anglo-canadienses exactamente lo contrario!

De todas formas, los indios se esfumaban rápidamente de los libros de historia después del primer capítulo, para dejar lugar a cosas más serias, como la cronología de reyes y dirigentes, la fundación de las grandes ciudades de hoy, y las extensas bio-hagiografías de los padres de la patria. La reaparición furtiva del indígena, que coincide con la construcción de los ferrocarriles interoceánicos y la expansión del capitalismo a escala continental, en la segunda mitad del siglo XIX, era aún más escueta que cuando se evocaba la llegada de los europeos. Pues si era legítima su presencia al origen (como parte de la naturaleza que habría que civilizar), su retorno era totalmente anacrónico; estos individuos que se oponían a la expansión de la civilización (tan bien simbolizada por la locomotora de vapor) ya no eran auténticos indios; Louis Riel, líder de los mestizos de Manitoba, había estudiado en el Seminario de Québec y su revuelta político-mesiánica, era el resultado de estudios mal asimilados.¹

En cuanto al discurso antropológico, que tomaba al indio como objeto, ¿acaso contrarrestaba esta marginación del indígena? En lo que toca a los arqueólogos, a la vez que hacían sus primeras investigaciones sistemáticas en suelo canadiense, buscaron en las viejas crónicas y documentos elementos complementarios de información para interpretar mejor los artefactos que encontraban. Aunque su periodización era mucho más amplia y sus métodos principales de investigación diferían mucho de los de los historiadores, sus objetivos no diferían sustancialmente: pretendían escribir la «historia no escrita» del noreste americano (p. ej. Martijn, dir. 1986; Plumet y Fortin, dir. 1992) o sea, el prefacio de la historia nacional.

La motivación de los etnólogos (muy escasos en Canadá hasta 1960) fue muy distinta. Desde un principio, en los albores del siglo XX, muchos quisieron hacer «investigación río arriba» (*upstream research*) para encontrar en la etnohistoria respuestas a las muchas preguntas que el estudio sincrónico de los pueblos indígenas dejaba abiertas: ¿Cómo las relaciones mercantiles (como la trata de pieles) habían modificado su organización social? ¿Qué papel había tenido el cristianismo en sus creencias actuales?, etc. Más allá de complementos parciales, buscaban ante todo reconstituir su cosmovisión (lo que Martin llama *thoughtworld* «mundo pensado» – Martin 1987: 28), en lo que tiene de irreductible a la civilización capitalista moderna (Barbeau 1915, Speck 1941, Rousseau 1955)

1 Para un análisis actualizado de la Guerra de los Mestizos, véase Toussaint 2000.

gro radical, el gobierno se enfrentaba, desde 1960, con el nacionalismo de los quebequenses, quienes exigían su reconocimiento como nación (y no como simple «grupo lingüístico»), así como una redistribución de poderes con el gobierno federal, amenazando con ejercer su derecho a la autodeterminación y con separarse de Canadá. La lucha indígena tuvo dos vertientes principales. Por una parte, a nivel constitucional; la Fraternidad India de Canadá cambió su nombre al de Asamblea de Primeras Naciones, negando así de entrada el presupuesto político e histórico de «los *dos* pueblos fundadores», franceses e ingleses. A pesar de no haber sido invitados a la mesa de las negociaciones constitucionales formada a principios de los años 80, los indígenas lograron que la Corte Suprema reconociera que sus derechos territoriales no se habían extinguidos y exigieron que el Gobierno federal negociara con sus representantes. Este proceso siguió hasta mediados de los años 90, con algunos avances (Recherches amérindiennes au Québec 1989).

Pero las luchas indígenas no se limitaron a discusiones constitucionales; otro frente de conflictos locales y regionales estallaba, en torno al control de los recursos naturales. En 1973 se triplicó el precio mundial del petróleo, despertando el interés por los enormes recursos energéticos del norte de Canadá. En el noroeste del país, la atención se concentró en el proyecto Foothills: la empresa Actic Gas propuso instalar un oleoducto destinado a traer petróleo de Alaska a EE.UU. cruzando Canadá de norte a sur, al pie de las Rocosas. En el este, la paraestatal quebequense HydroQuébec emprendió la construcción de inmensas represas en la cuenca de la Bahía James, también esencialmente para exportar energía a EE.UU. Ambos proyectos se asentaban en los territorios de numerosos pueblos indígenas, destruyendo sus recursos básicos de subsistencia (Watkins, dir. 1977, Berger 1977, Recherches Amérindiennes au Québec 1971). Por su impacto ecológico y socio-cultural, y por el clima de agitación social que imperaba entonces, la causa indígena movilizó a amplios sectores de la sociedad canadiense (jóvenes, intelectuales, ecologistas y antropólogos), una *première* en lo que iba del siglo XX (Salisbury 1986). Desde entonces el militantismo indígena siguió llevando a la escena pública numerosos casos de conflictos, generalmente por despojos nuevos o viejos de sus tierras, con eventuales brotes de violencia, como en Oka-Kanasetake, cerca de Montréal, en 1990 (Recherches amérindiennes au Québec 1991), y en Ipperwalsh, Ontario, pocos años después.

Se puede considerar que la publicación del informe de la *Commission d'enquête sur les peuples autochtones* (CEPA), en 1996, cierra el ciclo abierto treinta años antes por el informe Hawthorn. Es importante notar que, mientras que el estudio de los años 60 había sido coordinado por un antropólogo y buscaba echar alguna luz sobre un mundo indígena poco conocido fuera

de los círculos profesionales, la de los años 1990 tenía dos copresidentes: un abogado franco-canadiense (Dussault) y un ex presidente de la Asamblea de Primeras Naciones (Charles Erasmus). Por lo esencial, su contenido lo habían proporcionado directamente miembros y voceros de los propios pueblos indígenas. Más allá de la denuncia de males presentes, el Informe de la CEPA ofrece una visión indígena de la expansión histórica de los europeos y sus descendientes en Canadá y de sus consecuencias sobre los pueblos nativos. Más que reformas puntuales, el informe concluye en la necesidad urgente de replantear desde la base las relaciones entre las sesenta naciones indígenas del país (hoy fragmentadas en más de 800 asentamientos minúsculos y dispersos) y la mayoría euro-canadiense. El informe fue recibido con cortesía por las autoridades canadienses (el primer ministro, Jean Chrétien, fue ministro de Asuntos Indígenas), alabado... y archivado. Sin embargo, los Inuit, en el extremo norte del país, están logrando la autonomía política, algo inédito hasta ahora (Bissonnette 1981; Scott, dir. 2001).

¿DE QUÉ HABLAR? Y ¿QUIÉN PUEDE HABLAR?: LAS CUATRO VERTIENTES DEL DEBATE ACTUAL.

Esa verdadera irrupción de los indígenas como actores en el escenario político canadiense a partir de los años 60 suscitó un interés creciente entre los investigadores interesados en el ayer o en el pasado, esa realidad evanescente en la historia oficial. Ya no se puede hoy pensar que se publicara un libro como *The Vertical Mosaic*, de Porter (1965), quien dedicó más de 600 páginas hablando de todos los grupos sociales de Canadá... sin ni siquiera mencionar a los indígenas. Por otra parte, a partir de los 60, además de antropólogos e historiadores eurocanadienses, los indígenas reclamaron la palabra. Como era de esperar, la «nueva historia indígena» ha suscitado un número mucho menor de publicaciones en Canadá que en EE.UU. Y mucha de la producción etnohistórica son informes que quedaron en los archivos de los diferentes niveles de gobierno. Como todo lo que se refiere a los indígenas, los datos sobre su historia se consideran como «información delicada» (*sensitive information*); a menudo los estudios se hacen a contrato y la institución que paga queda como propietaria de los informes. Si nos atenemos a lo publicado entre 1970 y 2000, podemos distinguir, como en EE.UU., cuatro grandes vertientes, que corresponden a posiciones distintas en dos debates interrelacionados: uno en torno al *contenido* y otro en torno a la *legitimidad de la persona* que habla. Estos debates han sido relativamente solapados en Canadá (sin embargo, vease Bouchard 1979), en comparación con EE.UU., pero encontramos, implícitas, las mismas posiciones que se explicitaron más

en el país vecino (Veanse Calvin, dir. 1987; Calloway, dir. 1988; Fixico, dir. 1997 y Mihesuah, dir. 1998).

El problema del contenido concierne a las fronteras mismas de ese nuevo campo de estudios, que, en Canadá, conservó el nombre de *ethnohistoria*, o sea el mismo que tuvo, en un principio, en EE.UU. (Hagen 1997: 30). Al respecto persiste, entre muchos historiadores, la posición que llamaré «el indígena sí, pero al margen». Esta posición ya no se afirma públicamente, pero se manifiesta tanto en los programas de cursos de los departamentos de historia y de antropología como en la escasa presencia del tema en las revistas de historia general: la historia indígena es un campo «opcional», contrariamente a las eurocéntricas «historia nacional» e «historia universal». La misma marginalidad se refleja en los programas multidisciplinarios de *Native Studies* (Estudios Indígenas), los cuales (al igual que otros como *Women Studies* y *Black Studies*), si bien pueden completar una formación, en sí no llevan a ninguna parte.

El impacto principal de la auto-afirmación indígena sobre esta tendencia tradicional ha sido que, desde hace tres decenios, se han expurgado de los libros los estereotipos acerca de los «primeros ocupantes del suelo»: se subraya su adaptación al medio ambiente e incluso lo que la civilización moderna debe a los indígenas americanos (Côté, Tardivel y Vaugeois 1992). En años recientes, se han multiplicado los estudios monográficos dedicados a varios aspectos de este lado oscuro de la historia canadiense: tal como el impacto del comercio de pieles (Rogers 1964, Preston 1975, Trudel 1991), la etnohistoria regional (Snow 1976); las epidemias (Weaver 1971), el poder local y las relaciones con el Estado moderno (Tanner, dir., 1983; Charest 1992), la dinámica del intercambio ritual (Grumet 1975, Ringel 1979) y de las relaciones con el medio ambiente (George, Berkes y Preston 1995). Pero, a pesar de estos esfuerzos, quedaron los indígenas colocados en un camino lateral en relación con la historia oficial de Canadá; ésta no se cuestiona su proceso histórico de expulsión y asimilación, sino algunos «abusos». Entre los opositores más férreos a una reinterpretación global de la historia, se encuentran algunos especialistas de la historia eclesiástica (p. ej. Campeau 1987). Lo que no extraña cuando se revisa que muchos pertenecen a las mismas congregaciones religiosas que justificaron la colonización de Canadá por la conversión y educación de los indígenas y que están siendo acusados ahora de etnocidio por grupos indígenas.²

2

Sin embargo, se empiezan a publicar estudios más laicos de la «conquista espiritual» de Canadá. (Veanse Beaulieu 1990, Ouellet, dir. 1993; Kerbiriou 1996).

Del otro lado del espectro político, el auge de la historia social, a menudo con enfoque marxista, en los 70 (en Québec, con fuerte tono nacionalista), no modificó sustancialmente esta situación. Mientras se subrayaba la explotación campesina (Ouellet 1972) y se exaltaban las luchas de obreros, mineros y madereros, por una parte (Scott 1974), y se reintroducía a la mujer como actor social y económico a lo largo de la historia del país (Dumont-Johnson et al., 1982), por otra parte, la importancia relativa de los indígenas quedaba tan reducida como en la historia clásica.

En breve, la vertiente dominante de la historia nacional actual, de derecha o de izquierda, concede a los indígenas un campo un poco ampliado pero sin modificar la perspectiva ni la periodización hasta ahora dominante: Pueblos indios, colonización francesa, conquista inglesa, Canadá independiente, poblamiento del oeste. En cuanto a la otra pregunta: ¿Quién puede escribir la historia de los indígenas? esta vertiente contesta, implícita o explícitamente, que son los historiadores profesionales, no los antropólogos, ni los indígenas. Se sospecha a ambos de promover sistemáticamente interpretaciones indebidamente favorables a los indígenas y de albergar «posiciones emotivas e ideológicas» (Washburn 1987: 93).

Sin embargo, aunque reivindiquen la exclusividad de la historia indígena, los historiadores han manifestado poco interés por ella, salvo excepciones importantes, aunque poco numerosas a pesar del estímulo proporcionado por el debate sobre los Quinientos Años de presencia europea en América (Dickinson y Mahn-Lot 1991; Dickason 1992; Vaugeois 1995). Dejaron así el campo libre para que la «etnohistoria» la escribieran sobre todo no historiadores, como son los arqueólogos, los etnólogos y –novedad histórica– los propios indígenas.

La segunda vertiente de la historiografía indígena nace de los debates originados por el informe Hawthorn, hecho por un colectivo de antropólogos (Hawthorn, dir. 1966), que abrió el debate político e intelectual sobre la sociedad indígena en Canadá y suscitó un nuevo interés por la historia y la manera de escribirla. El voluminoso informe echaba una luz sobre la situación de miseria generalizada que imperaba en las «reservas» indígenas del país (con muy contadas excepciones), subrayaba la persistencia generalizada de actitudes racistas hacia los indígenas y cuestionaba la política de tutela estatal, responsable de una infantilización de los pueblos indígenas. Proponía varias medidas para mejorar la situación. El nuevo gobierno liberal dirigido por P.E. Trudeau (1968), que se había comprometido a establecer una «sociedad justa en Canadá», pretendió apoyarse en el informe para realizar nada menos que la supresión de las reservas y la asimilación definitiva de los indígenas al resto de la sociedad. Del debate político surgió la segunda tendencia, que lla-

maremos «indianista». La representó una nueva generación de antropólogos para los cuales había que abandonar el «presente etnográfico» y los estudios de «aculturación» para reincorporar a los indígenas como sujetos históricos de primer plano en la historia de Canadá (Ponting y Gibbins, 1980). Esos trabajos insistieron sobre las múltiples formas de opresión y despojos que sufrieron los pueblos nativos, desde la expropiación de sus territorios (p. ej. Savard y Proulx 1982) hasta la asimilación forzada de los niños en internados de siniestra memoria. Desembocaron sobre la única síntesis extensa que abarque redacción todo el período desde la llegada de los europeos (Bouchard, Vincent y Mailhot 1989).

Algunos de estos trabajos se caracterizaron por lo que el ensayista e historiador indígena estadounidense Vine Deloria Jr. llama «*reversionismo*»: «se revierte la antigua versión de los hechos históricos sin molestarse en averiguar los datos» (Deloria, 1998: 89). De «salvajes» a convertir y a civilizar, los indios se transformaron en víctimas: culturas aplastadas por una política de etnocidio (Désy 1972), pequeños productores explotados por las compañías peleteras cuyos cómplices eran los misioneros y los burócratas coloniales (Delage 1991), o indios en resistencia permanente contra el colonizador (Wright 1993). A nivel político, esta vertiente etnohistórica corresponde al discurso militante de las organizaciones indígenas en los años 70 y 80, retomado en los 90 por la tendencia radical (los «guerreros» - *warriors*). Otros investigadores críticos se dedicaron a la «desconstrucción» de la imagen del indio tal como la había producido una larga tradición de cronistas, fuente habitual de los historiadores (Thérien, dir. 1995).

Una tercera vertiente, menos interpretativa y más empírica, se dedicó más bien a la reconstitución minuciosa de las culturas en el momento del contacto, añadiendo a las descripciones clásicas, inéditos datos de archivo y nuevos hallazgos de la arqueología (p. ej. Trigger 1976, 1990; Viau 1997). Esta rica etnografía histórica cuestiona tanto la visión positivista eurocéntrica como la indianista sobre las relaciones entre los pueblos indígenas y los colonizadores: desde los primeros contactos, se esforzaron los primeros en desarrollar su propia política exterior, cada vez que las circunstancias les eran favorables (p. ej. aprovechando la rivalidad entre Francia e Inglaterra, o la competencia en el negocio peletero) (Morantz 1980). Una vez que se reintroducen los indígenas como actores en la historia, sus luchas actuales ya no aparecen como un producto de la modernidad, de dudosa legitimidad, sino la etapa contemporánea de una resistencia multiforme que empezó siglos atrás.

Dentro de la misma tendencia, unos estudiosos más comprometidos políticamente buscaron articular directamente sus intereses intelectuales y lo que percibían como las prioridades de los pueblos indígenas. En la parte oc-

cidental de Canadá, por ejemplo, el antropólogo Mel Watkins y otros sacaron a la luz la dinámica de las relaciones de los indios denes –habitantes del territorio amenazado por el oleoducto– con su medio ambiente, por una parte; con las empresas madereras y mineras y los gobiernos, por otra parte (Watkins, dir. 1977). Concluyeron que la situación correspondía a lo que Rodolfo Stavenhagen y otros antropólogos latinoamericanos llamaron «el colonialismo interno». De la misma manera, en Québec, un equipo de antropólogos de la Universidad McGill se dedicó a estudiar los *Cris* de la Bahía James, que luchaban contra la construcción de las represas. Bajo la dirección de Richard Salisbury, produjeron un conjunto de estudios que une la historia reciente de la región a la situación social, y cuya relevancia directa e indudable calidad los hizo indispensables en las negociaciones (Feit 1974, Salisbury 1986, Scott dir. 2001). Durante estas tres décadas, las revistas *Recherches amérindiennes au Québec* (RAQ) y *Études Inuit Studies* (la únicas en Canadá que tratan exclusivamente de estudios indígenas) dedicaron una cantidad creciente de números temáticos y artículos a la etnohistoria y a la expresión de los puntos de vista indígenas sobre las luchas actuales. RAQ organizó varios encuentros que reunieron voceros de los grupos indios e inuits de Canadá (principalmente de Québec) así como expertos no-indígenas y representantes de los gobiernos quebequense y canadiense (Vincent y Bowers, coords. 1986, Trudel, coord. 1995).

Aunque la historia india contemporánea ocupó mucho espacio en los estudios de esta tercera tendencia, también suscitaban nuevas interpretaciones del pasado. Después de la «guerra india» de Oka/Kanesatake, en 1990, se hicieron varios estudios sobre el proceso histórico de despojo de las tierras de los Iroqueses de San Lorenzo (*Recherches amérindiennes au Québec* 1991 habla de los mohawks, la de 1999 habla de los iroqueses). La situación especial de los indios de Columbia británica, así como de los indios e inuits del norte, que carecen de cualquier tratado para respaldar su derecho a la tierra, suscitó una corriente importante de estudios de sus formas de manejo y de explotación del medio ambiente, como bases de legitimación de su ocupación efectiva de sus territorios. De la misma forma, las reivindicaciones territoriales y políticas de los hurones (*wendat*) de Québec atrajeron la atención sobre este pueblo que se consideraba asimilado (Vaugeois 1995; *Recherches amérindiennes au Québec*, 2000).

La cuarta vertiente la representan los estudios históricos hechos por autores indígenas. Porque el «problema indígena» ya había dejado de ser exclusivamente un tema de debate entre criollos. En 1970 se publicó *The unjust society, The Tragedy of Canada's Indians*, por Harold Cardinal, libro que exponía las causas históricas de la condición material y social de los indios

de Canadá, reivindicando a la vez la existencia de los pueblos indios y las relaciones inaceptables que los unían al resto del país. Este libro (aunque no lo escribió un indígena) sirvió de detonador para que tomara la palabra una nueva generación de líderes e intelectuales autóctonos, cuya educación en los grandes centros urbanos les había familiarizado con las estructuras políticas, económicas y jurídicas del país. La lucha de largo alcance que emprendieron por el reconocimiento de su existencia y de sus derechos se hizo indisociable de la producción de una verdadera Historia India de Canadá. Por una parte, se publican autobiografías de indígenas: líderes (p. ej. Mercredi y Turpel 1994) o gente común (Kapesh 1982; Preston 1986; Cruikshank, p.25, 1990). Articulando su historia personal con la de sus pueblos, los líderes quieren mostrar la génesis de su vocación política y contrarrestar las visiones simplistas que de su lucha han difundido los medios de comunicación. La autobiografía de An Antan Kapesh constituye un documento aparte. Este testimonio de una mujer (editado por una antropóloga bajo un título voluntariamente provocador: *Soy una maldita salvaje*), presenta en un relato muy personal, las alegrías, las tensiones y los sufrimientos de una vida de mujer en las precarias condiciones de las comunidades innus del este de Québec durante la segunda mitad del siglo XX.

Aunque ha habido todavía pocas vocaciones de historiador en los pueblos indígenas, el historiador Wendat Georges E. Sioui se ha dedicado a restituir el conocimiento de la historia de la nación a la que pertenece, a través de una extensa monografía (1994). Como los historiadores indígenas de EE.UU. (Mihesuah, Fixico), tuvo que enfrentarse con la desconfianza de la profesión. Por eso adopta, de entrada, una perspectiva metodológica mixta, que explicita en otro libro, sobre lo que llama «auto-historia amerindia» (1989). Esta tiene dos facetas. Una de ellas, con cariz defensivo, lo lleva a asentar su estudio en fuentes documentales oficiales, en conformidad con las pautas de los estudios históricos no indígenas, y sobre las que propone una explicación propia. Añade, a modo de complemento necesario, elementos de la tradición oral de su pueblo para representar el otro punto de vista. Por ejemplo, el año de 1642 se considera, en la historia oficial, como el de la «dispersión de los hurones/wendat» y el final de esta etnia, vencida por sus enemigos iroqueses. Para Sioui, la tradición wendat permite reconsiderar este evento como una inflexión en la vida de un grupo que perdura hasta nuestro días en varios territorios de Canadá y EE.UU. En otras ocasiones, el aporte del historiador indígena no son datos nuevos, sino una interpretación que hace referencia a una mentalidad propia que escapa al no indígena. Es el caso de Bernard Assiniwi, de la nación *innu*, que quiso proporcionar una historia integral de los indígenas del este de Canadá (Assiniwi 1974). En caso de discrepancias entre

la historia oral indígena y los documentos históricos tal como son interpretados por la crítica histórica oficial, el historiador indígena reivindica la validez de la tradición oral indígena.

Tal es también el punto de vista adoptado por Little Bear *et al.* en su reinterpretación de las relaciones entre los indígenas de Canadá y su «benevolente tutor»: el Estado canadiense (Little Bear *et al.* 1985). Ahora, si bien estos intelectuales indígenas denuncian los enfoques eurocentristas y reclaman que se considere legítima su voz de «auto-historiadores», no niegan la participación de especialistas no indígenas que sean honestos y serios.

PERSPECTIVAS Y DEBATES ACTUALES.

En Canadá, el desarrollo de una «etnohistoria» o «nueva historia india» se hizo en un contexto de controversias como en EE.UU. Al parecer no fue tan áspero el debate, quizás por el menor número de participantes y por cierta idiosincrasia de la sociedad canadiense, menos antagonica. Sin embargo, el reconocimiento de la legitimidad de esta nueva área de estudio, por parte del gremio de historiadores, no ha sido fácil. Aparte de los autores indígenas, la mayor parte de los etnohistoriadores provinieron sobre todo de la arqueología y de la etnología. Por eso, en sus contiendas con los historiadores clásicos, fueron criticados como ignorantes de la metodología histórica o bien simplemente ignorados. La aplicación estricta de esta metodología, sin embargo imponía a los que intentaban echar las bases de una nueva historia indígena, las mismas limitaciones que fueron denunciadas por los intelectuales indígenas: atenerse al análisis de las fuentes escritas, generalmente documentos oficiales, del período colonial o más recientes. Estos documentos tratan esencialmente de las relaciones entre los indígenas y los europeos y sus descendientes, por una parte, y reflejan *naturalmente* el punto de vista dominante, por otra parte. Sin embargo, se reconoce ahora que la «nueva historia indígena», en Canadá, amplió considerablemente la temática histórica tradicional. Del «indio antes-de-nosotros» y del «rebelde anacrónico» se pasó a un redescubrimiento de su presencia histórica permanente y a una reinterpretación de los temas presentados por la historia oficial en forma muy parcial (las alianzas iniciales, la caída demográfica, las guerras indias),

Otra tensión surgió de la colaboración entre intelectuales indígenas y no-indígenas (estos, sobre todo antropólogos). Amén de las diferencias entre investigadores particulares, se planteó una pregunta más general: ¿Quién puede estudiar la historia indígena y publicar sobre ello? La sobre-representación de investigadores de ascendencia europea tendió en reproducirse en el nuevo contexto. Irónicamente, quienes pretendían corregir la visión euro-céntrica de

la historia india eran precisamente no indígenas. Así que mientras un historiador como Sioui exige reconocimiento y llama al diálogo con la historia oficial, otros intelectuales y líderes indígenas, sin embargo, cuestionan la legitimidad del interés de los no-indígenas en ese estudio. En Canadá se ha escuchado en algunos foros, lo que en EE.UU. se ha escrito. Algunos, adoptando una posición similar a la que adoptó el estadounidense Deloria, no ven «ninguna utilidad en cualquier estudio o publicación suplementarios sobre los indios, sino una forma de pasatiempo» (cit. por Mihesuah 1998: 10). A la vez que expresan una desconfianza profunda sobre las propias motivaciones del historiador o del antropólogo no-indígena: «Si muchos indios no escribimos sobre otra tribu que la nuestra [...]» (*id.*: 12). Este rechazo concierne a los historiadores pero apunta también a los antropólogos, más susceptibles de «publicar información delicada que no estaba hecha para la textualización» (*ibíd.*), mientras los mismos «sujetos de la investigación reciben muy poco o ningún beneficio de las lucrativas becas de investigación que se otorgan cada año» (*ibíd.*). Por ejemplo, el Gran Consejo de los *cris* de la Bahía James no dio ningún permiso de investigación etnológica independiente entre sus comunidades, después que se vieron forzados a aceptar la construcción de represas, convencidos de que los datos recogidos podían ser utilizados en contra suya.

Efectivamente, en 2000, un ministro quebequense, para invalidar reivindicaciones territoriales de los *attikameqw*, echó mano a un estudio etnohistórico sobre migraciones indígenas para proclamar: «¡Estos indios ni son de allí!». Y en todo el país, el gobierno y las empresas extractivas exigen pruebas arqueológicas y etnohistóricas de ocupación permanente antes de reconocer cualquier reclamación territorial. Así es como la paraestatal Hydro-Québec, que construye sus represas en territorios de *cris* (*anishnabe*) y montañeses (*innu*), lleva a cabo sus propias investigaciones etnohistóricas (Parent 1985) y arqueológicas.³

A pesar de su aparente fracaso a nivel constitucional, sin embargo, las luchas indígenas han desembocado en victorias importantes. Los *inuit* de Nunavut (extremo norte de Canadá) consiguieron autonomía sobre un vasto territorio (Légaré 1996) y los de Nunavik (al norte de Québec) ya tienen autonomía interna. Y, a pesar de un sinnúmero de obstáculos, muchos grupos caminan lentamente pero, al parecer, seguramente, hacia el auto-gobierno,

3 Hace unos años, los arqueólogos de la paraestatal recibieron orden de no considerar ninguna ocupación posterior a 1935 (o sea, cuando empieza la mayor expansión demográfica de los indígenas) por ser «demasiado reciente».

tal como los *cris*, *innus* y *inuit* de Québec⁴, los *denes* de los Territorios del Noroeste y los de Columbia británica. Al bajar las tensiones entre los grupos indígenas más politizados y la sociedad euro-canadiense, está abriéndose un período fructífero de colaboración en cuanto al estudio del pasado y del presente indígena (Rodon 2003).

BIBLIOGRAFÍA

«The Prehistoric and Historic Evidence» Parte II en Inuit Land Use and Occupancy Project (Report). Ottawa, Ministère des Affaires indiennes et du Nord. 2 (Part 2), 1976: 103-170.

ARCAND, Bernard y Sylvie VINCENT, L'image de l'Amérindien dans les manuels scolaires du Québec: ou, Comment les Québécois ne sont pas des sauvages. Montréal, Hurtubise, 1979.

ASSINIWI, Bernard, Histoire des Indiens du Haut et du Bas Banada. T. 1: Mœurs et coutumes des Algonquins et des Iroquois. T. 2: Deux siècles de civilisation blanche (1497-1685). T. 3: De l'épopée à l'intégration. 1683 à nos jours. Montréal, Leméac, 1974.

BARBEAU, Marius, Huron and Wyandotte Mythology. Ottawa, Ministry of Mines. (trad. Mythologie huronne et wyandotte). Montréal, Presses de l'Université de Montréal, 1915 (1994 - P. Beaucage, ed.).

BEAUCAGE, Pierre, «¿Autonomías para quién? La encrucijada quebequense» *Alteridades*, 7 (14) Estado nacional, autodeterminación y autonomías. (Universidad Autónoma Metropolitana) 1997, 69-79.

BEAULIEU, Alain, Convertir les fils de Caïn: jésuites et Amérindiens nomades en Nouvelle-France, 1632-1642. Québec, Nuit blanche, éditeur, 1990.

BERGER, Thomas R., Northern Frontier, Northern Homeland. The Report on the MacKenzie Valley Pipeline Inquiry. Ottawa, Ministère des approvisionnements et services. (2 vol.), 1977.

BISSONNETTE, Yves, «Les droits des autochtones et les Territoires du Nord-Ouest», en *Recherches amérindiennes au Québec* 11 (2): 133-147. II id. (3), 1981, 181-192.

BONFIL BATALLA, Guillermo (coord.), Utopía y revolución. El pen-

4 En el verano del 2002, fue firmado un acuerdo, llamado la «paz de los valientes» (*la paix des braves*), que ponía fin a tres décadas de hostilidades abiertas entre los *cris* y los *innus*, por una parte, y el gobierno quebequense, por otra, acerca de los territorios indios y de la propiedad de sus recursos naturales.

samiento político contemporáneo de los indios de América Latina. México, Nueva Imagen, 1981.

BOUCHARD, Serge, «Faux combats, tristes arènes», en *Recherches amérindiennes au Québec*, 9 (3), 1979.

BOUCHARD, Serge, Sylvie VINCENT y José MAILHOT, *Peuples autochtones de l'Amérique du Nord. De la réduction à la coexistence*. Québec, Téléuniversité. 1989. En la cita dice Vioncent, p. 15

CALVIN, Martin (dir.), *The American Indian and the Problem of History*. New York, Oxford University Press, 1987.

CALLOWAY, Colin G. (dir.), *New directions in American Indian History*. Norman, University of Oklahoma Press, 1988.

CAMPEAU, Lucien, *La mission des jésuites chez les Hurons, 1634-1650*. Montréal: Éditions Bellarmin, 1987.

CARDINAL, Harold, *The Unjust Society. The Tragedy of Canada's Indians*. Edmonton, M.G. Hurtig, 1969.

Commission d'enquête sur les peuples autochtones (CEPA), *People to People, nation to Nation / À l'aube d'un rapprochement*. Ottawa, Ministère des approvisionnements et services. (5 vol.), 1996.

CÔTÉ, Louise, Louis TARDIVEL y Denis VAUGEOIS, *L'Indien généreux. Ce que le monde doit aux Amériques*. Montréal, Boréal, 1992.

CRUIKSHANK, Julie, *Life Lived Like a Story: Life Stories of Three Yukon Native Elders*. Vancouver, University of British Columbia Press, 1990.

CHANCE, N. A. y J. TRUDEAU, «Social Organization, acculturation and integration among the Eskimo and the Cree: a comparative study», en *Anthropologica* 5, 1963, 47-56.

CHAREST, Paul, «La prise en charge donne-t-elle du pouvoir? L'exemple des Attikamek^w et des Montagnais», en *Anthropologie et sociétés* 16 (3), 1992, 55-77.

DELAGE, Denys, *Le pays renversé: Amérindiens et Européens en Amérique du Nord-Est, 1600-1664*. Montréal, Boréal, 1991.

DELORIA, Vine Jr., «Revision and reversion», en *The American indian and the Problem of History*. (C. Martin, ed.) New York, Oxford University Press, 1998, 84-90.

DÉSY, Pierrette, «Les Indiens du Nouveau-Québec», en *De l'ethnocide. Recueil de textes*. (R. Renaud, comp.) Paris, Union Générale d'Éditions, 1972, 259-278.

DICKASON, Olive Patricia, *Canada's First Nations. A History of Founding Peoples since the Earliest Times*. Oxford & Toronto, Oxford University Press, 1992.

DICKINSON, John A. y Marianne MAHN-LOT, 1492-1992: les Européens découvrent l'Amérique. Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1991.

DUMONT-JOHNSON, Micheline (*et al.*), L'histoire des femmes au Québec depuis quatre siècles. Montréal: Éditions des Quinze, 1982.

FEIT, Harvey, La Baie James des Amérindiens: bibliographie // Native peoples, James Bay region: bibliography. Montréal, Société des recherches amérindiennes au Québec, 1974.

FIXICO, Donald L. (dir.), Rethinking American Indian History. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1997.

FIXICO, Donald L., «Ethics and responsibilities in Writing American History», in Natives and Academics. Researching and Writing about American Indians. (Devon A. Mihesuah, ed.), Lincoln, University of Nebraska Press, 1998.

GEORGE, Peter J., Fikret BERKES y Richard J. PRESTON, «Aboriginal Harvesting in the Moose River Basin: a Historical and Contemporary Analysis», en Revue canadienne de sociologie et d'anthropologie, 32 (1), 1995, 69-90.

Gouvernement du Canada, *Inuit Land Use and Occupancy Project*. Ottawa, Ministère des affaires indiennes et du Nord canadien. (3 vol.) 1976.

GROULX, Lionel, Notre maître le passé. Montréal, Fides, 1936.

GRUMET, Robert S., «Changes in Coast Tsimshian Redistributive Activity in the Fort Simpson Region of British Columbia. 1788-1862», en Ethnohistory 22, 1975, 295-318.

HAGEN, William T., «The New Indian History», en Rethinking American Indian History (D.L. Fixico, ed.) Albuquerque, University of New Mexico Press, 1997, 29-42.

HAWTHORN, H.B., C.S. BELSHAW & S.M. JAMIESON, The Indians of British Columbia. A Study of Contemporary Social Adjustment. Toronto, Los Angeles, Univ. Of California Press, University of British Columbia, 1958.

HELM, J. y D. DAMAS, «The Contact-Traditional All-Native Community of the Canadian North. The Upper Athapaskan 'Bush' Athapaskans and the Igluligmiut», en Anthropologica 5, 1963, 9-22.

INNIS, H.A., Staples, Markets and Cultural Change. Selected Essays. (Ed. D. Drache, dir.). Montréal, McGill-Queen's University Press, (1956) 1995.

JENNESS, Diamond, The Indians of Canada. Ottawa, National Museum of Canada. Anthropological Series # 15, (1932) 1963.

KAPESH, An Antan, Je suis une maudite sauvagesse. Ottawa, Éditions Leméac, 1982.

KERBIRIOU, Anne-Hélène, Les Indiens de l'Ouest canadien vus par

les Oblats, 1885-1930. Québec, Éditions du Septentrion, 1996.

LA RUSIC, Ignatius, «Les questions des Indiens. La réaction des Waswanipis à l'annonce du projet de la Baie James», *Recherches amérindiennes au Québec*, 1 (4-5), 1971, 12-21.

LÉGARÉ, André, «Le gouvernement du territoire du Nunavut (1999): une analyse prospective», en *Études Inuit*, 20(1), 1996, 7-43.

LEGROS, Dominique, «Commerce entre Tlingits et Athapaskans tutchones au XIXe siècle», *Recherches amérindiennes au Québec*, 14 (2), 1984, 11-24.

LITTLE BEAR, L., M. BOLT y J.A. LONG (dirs.) *Canadian Indians and the Canadian State*. Toronto, University of Toronto Press, 1985

MAILHOT, Josée y Serge BOUCHARD, *Peuples autochtones de l'Amérique du Nord: de la réduction à la coexistence*, Sainte-Foy, Télé-Université, 1989.

MARTIJN, Charles A. (dir.) *Les Micmacs et la mer*. Montréal, *Recherches amérindiennes au Québec*, 1986.

MARTIN, Calvin (ed.), *The American Indian and the Problem of History*. New York, Oxford University Press, 1987.

MERCREDI, Ovide y Mary Ellen TURPEL, *In the Rapids. Navigating the Future of First Nations*. Toronto, Penguin Books, 1994.

MIHESUAH, Devon A., «Introduction», en *Natives and Academics. Researching and Writing about American Indians*. (D. A. Mihesuah, dir.), Lincoln, University of Nebraska Press, 1998, 1-22.

MIHESUAH, Devon A. (dir.), *Natives and Academics. Researching and Writing about American Indians*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1998.

MORANTZ, Toby, *The impact of the fur trade on eighteenth and nineteenth century Alconquian social organization: an ethnographic-ethnohistoric study of the eastern James Bay Cree, 1700-1850*. Toronto, University of Toronto Press, 1980.

OUELLET, Fernand, *Éléments d'histoire sociale du Bas-Canada*. Montréal, Hurtubise HMH, 1972.

OUELLET, Réal (dir.), *Rhétorique et conquête missionnaire: le jésuite Paul Lejeune*. Québec, Septentrion, 1993.

PARENT, Raynald, *Histoire des Amérindiens, du Saint-Maurice jusqu'au Labrador: de la préhistoire à 1760*. Québec, Ministère de l'énergie et des ressources, Ministère de la justice, Secrétariat des activités gouvernementales en milieu amérindien et inuit (4 vols.), 1985.

PLUMET, Patrick y Michel FORTIN (eds.), *L'Archéologie et la rencontre de deux mondes: présence européenne sur des sites amérindiens*. Québec, Musée de la civilisation, 1992.

PONTING, J. Rick y Roger GIBBINS, *Out of irrelevance: a socio-political introduction to Indian affairs in Canada*. Toronto: Butterworths, 1980.

PORTER, John, *The Vertical Mosaic. An Analysis of Social Class and Power in Canada*. Toronto, University of Toronto Press, 1965.

PRESTON, Richard J., «Eastern Cree Community in Relation to Fur Trade Post in the 1830s: The Background of the Posting Process», en *Proceedings of the 6th Algonquian Conference*. (W. Cowan, ed.) Ottawa, National Museum of Man, Paper in Ethnology, no 23, 1975, 324-335.

PRESTON, Sarah, *Let the Past Go: A life History, Narrated by Alice Jacob*. Ottawa, National Museum of Civilizations, Canadian Ethnology Service Paper No 104, 1986.

Recherches amérindiennes au Québec, Les Mohawks. 21 (1-2), 1991.

Recherches amérindiennes au Québec, *Ethnohistoire et territoire*. 19 (1), 1989.

Recherches amérindiennes au Québec, *Iroquois au présent du passé*. 29 (2) 1999.

Recherches amérindiennes au Québec, *La Baie James des Amérindiens*. 1 (4-5), 1971.

Recherches amérindiennes au Québec, *Les Hurons de Wendake*. 30 (3), 2000.

RINGEL, Gail, «The Kwakiutl Potlatch: History, Economics and Symbols», en *Ethnohistory* 26, 1979, 347-362.

RODON, Thierry, *En partenariat avec l'État. L'expérience de cogestion des Autochtones du Canada*. Les Presses de l'Université Laval, 2003.

ROGERS, E.S., «The Fur Trade, the Government and the Central Canadian Indian», en *Arctic Anthropology* 2, 1964, 37-40.

ROUSSEAU, Jacques, «Chez les Mistassini, Indiens chasseurs de la forêt canadienne», en *Revue de l'IFAL, México*, no 2, 1955, 64-91.

SALISBURY Richard F., *A Homeland for the Cree*. Montréal/Toronto, McGill/Queens University Press, 1986.

SAVARD, Rémi y Jean-René PROULX, *Canada. Derrière l'épopée, les autochtones*. Montréal, L'Hexagone, 1982.

SCOTT, Colin H. (dir.), *Aboriginal Autonomy and Development in Northern Québec and Labrador*, Vancouver, UBC Press, 2001.

SCOTT, Jack, *Sweat and Struggles. Working Class Struggles in Canada*. Vancouver, New Star Books, 1974.

SCHLESIER, Karl H., «Epidemics and Indian Middlemen. Rethinking the Wars of the Iroquois. 1609-1653», *Ethnohistory* 23 (2), 1976, 105-116.

SIOUI, Georges E., *Pour une auto-histoire amérindienne. Essai sur*

le fondement d'une morale sociale. Québec, Presses de l'Université Laval, 1989.

SIOUI, Georges, *Les Wendat. Une civilisation méconnue*. Québec, Presses de l'Université Laval, 1994.

SNOW, Dean R., «The Ethnohistoric Baseline of the Eastern Abenaki», en *Ethnohistory* 23 (3), 1976, 291-306.

SPECK, Franck G., «Montagnais-Nascapi Bands and family Hunting Districts of the Central and Southeastern Labrador Peninsula» en *Proceedings of the American Philosophical Society*, 85, 1941, 215-241.

TANNER, Adrian (dir.), *The Politics of Indianness. Case Studies in Native Ethnopolitics in Canada*. Saint-Jean, Terre-Neuve, Institute of Social and Economic Research, Memorial University of Newfoundland, 1983.

THÉRIEN, Gilles (dir.), *Figures de l'Indien*. Montréal, Édition Typo, 1995.

TOUSSAINT, Ismène, Louis Riel. *Le bison de cristal*. Montréal, Éditions internationales Alain Stanké, 2000.

TRIGGER, Bruce, *Les Indiens, la fourrure et les Blancs. Français et Amérindiens en Amérique du Nord*. Montréal, Boréal/Seuil. (Trad. de *Natives and newcomers*), 1990.

TRIGGER, Bruce, *The Children of Aatensic. A History of the Huron People to 1660*. Montréal, McGill-Queens University Press, 1976.

TRUDEL François, «Mais ils ont si peu de besoins. Les Inuits de la baie d'Ungava et la traite à Fort Chimo (1830-1843)», en *Anthropologie et sociétés* 15 (3), 1991, 89-124.

TRUDEL, Pierre, (coord.), *Autochtones et Québécois. La rencontre des nationalismes*. Montréal, Recherches amérindiennes au Québec, 1995.

TURNER, Frederick J., *The Frontier in American History*. New York, Holt & Co., 1920.

VALLIÈRES, Pierre, *Nègres blancs d'Amérique*. Montréal, Parti Pris, 1968.

VAUGEOIS, Denis, *La fin des alliances franco-indiennes. Enquête sur un sauf-conduit de 1760 devenu un traité en 1990*. Montréal, Boréal, 1995.

VIAU, Roland, *Enfants du néant et mangeurs d'âmes. Guerre, culture et société en Iroquoisie ancienne*. Montréal, Boréal, 1997.

VINCENT, Sylvie y Gary BOWERS, (coords.), *La Baie James, dix ans après / James Bay, Ten years later*. Montréal, Recherches amérindiennes au Québec, 1986.

WASHBURN, Wilcomb E., «Distinguishing History from Moral Philosophy and Public Advocacy» en *The American Indian and the Problem of History*. (M. Calvin, ed.) New York, Oxford University Press, 1987, 91-98.

WATKINS, Mel (dir.), Dene Nation. The Colony Within. Toronto, Toronto University Press. (Conclusion por Georges Erasmus), 1977.

WEAVER, Sally M., «Smallpox or Chickenpox: An Iroquoian Community's reaction to crisis 1901-1902», en *Ethnohistory* 18 (4), 1971, 361-378.

WRIGHT, Ronald, Stolen Continents. The New World Through Indian Eyes. Toronto, Penguin, 1993.